



Entrevista a Carlos Carballo: “Las transformaciones agrarias van de la mano de la conciencia que construyamos con la sociedad urbana organizada”

Por Yanina Settembrino y Gabriela Cogo, para RAÍCES.

2025/04/23

Carlos Carballo es ingeniero agrónomo recibido en la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires (FAUBA), docente e investigador. Como integrante de la Comisión de Derechos Humanos de la FAUBA, desde principios de los 2000 impulsó, junto con otros, la creación de una **Cátedra Libre de Soberanía Alimentaria** en el ámbito de esta unidad académica.

¿Por qué una Cátedra Libre de Soberanía Alimentaria? ¿Qué significa esta figura y en qué contexto se crea?



La figura de Cátedra Libre se incorpora al Estatuto Universitario argentino a partir de la Reforma de 1918. Los reformistas de esa época consideraban que muchas de las demandas sociales y los avances de la ciencia, del arte, de la cultura, no estaban incluidos en la currícula de los planes de estudio universitarios. Para eso pensaron las Cátedras Libres o Cátedras Abiertas, con el objetivo de hacer entrar a la currícula universitaria aquellas temáticas que surgían en la sociedad, pero que aún no estaban contempladas formalmente.

La primera Cátedra Libre de Soberanía Alimentaria se creó en la Universidad Nacional de La Plata, en el año 2003, en el contexto de la gran crisis alimentaria que atravesaba Argentina.

Recién en el año 2011 constituimos la Cátedra Libre en la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires. Fue un proceso para nada sencillo. A partir de nuestro avance, la carrera de Nutrición de la Facultad de Ciencias Médicas también logró conformar su propia cátedra, gracias a un arduo trabajo del Centro de Estudiantes. Desde entonces, se fueron multiplicando en todo el país.

Actualmente somos más de 60 colectivos, Cátedras Libres y Cátedras Abiertas que, con distinto grado de formalidad institucional, abordamos la problemática de la Soberanía Alimentaria. En muchos casos, se abordan también otras temáticas vinculadas, como la agricultura familiar, la agroecología, la sociedad, el ambiente o la nutrición, entre otras.

¿Quiénes forman parte de las Cátedras Libres?

El Estatuto Universitario no establece una composición obligatoria, por lo que en cada caso es diferente. En la mayoría de los casos está conformada por docentes, graduados y estudiantes de la misma universidad y de otras. En muchos casos también participan representantes de organizaciones comprometidas con la agricultura familiar, organizaciones de productores y productoras, organizaciones de asalariados, colectivos de consumidores, colectivos de ambientalistas. Se plantea como un espacio democrático, pluralista e intersectorial. Es decir, no replica los niveles de jerarquía de las Cátedras Universitarias tradicionales.

En todo el país hay aproximadamente unas 500 a 600 personas que forman parte de la red de Cátedras Libres, con un promedio entre 15 y 20 personas por cátedra. Personas que forman parte de manera activa y permanente, con responsabilidad, trabajo y vínculo con el territorio. Y articulamos con diez colectivos y organizaciones de carácter local, provincial, regional o nacional, que tienen un intercambio permanente con las cátedras.



¿Cómo se insertan estas cátedras en el ciclo educativo de un estudiante?

Cada cátedra diseña su propia estrategia, de acuerdo a su grado de inserción en la universidad, y con los espacios que considera más necesarios o favorables.

Algunas —pocas— ofrecemos cursos sistemáticos anuales. Son cursos optativos que otorgan créditos académicos a quienes lo cursan. También hay cátedras que permiten la participación de distintos actores sociales, aunque no sean estudiantes ni formen parte de la comunidad universitaria. Es decir, son cátedras abiertas. Sin embargo, lograr que esto sea reconocido institucionalmente no ha sido fácil. En la FAUBA, por ejemplo, atravesamos ese debate.

En 2012 presentamos la propuesta de la Cátedra Libre en el Consejo Directivo. Fue aprobada rápidamente, como materia dirigida a la comunidad universitaria, con los mismos criterios que las demás asignaturas. Pero cuando propusimos que también pudieran participar como estudiantes representantes de organizaciones sociales, productores de las ferias y otros actores comunitarios, la respuesta fue rotundamente negativa.

El argumento fue que “eso implica bajar el nivel”. Para nosotros, esta participación era fundamental; decíamos: ¿Quién puede traer la voz de la agroecología, si no quienes la están construyendo en el territorio? ¿Quiénes pueden traer la voz, la experiencia y las demandas de la economía social, si no es la comunidad que la construye? ¿Qué graduado de nuestra universidad puede traer esas voces? Y eso no reduce el nivel, sino que integra, favorece, multiplica.

Luego de un año entero de intensas discusiones, finalmente el Consejo Directivo aprobó nuestra propuesta. Las cátedras del resto del país siguieron este modelo, y en general tuvieron menos problemas para su aprobación.



Visita participativa en el curso del año 2024. Foto: CALISA_FAUBA

Desde ese año, venimos dictando el curso de forma continua, presencial, salvo excepciones como durante la pandemia de Covid-19 que lo mantuvimos en forma virtual. Lo más rico del curso es su dinámica participativa: dividimos a los estudiantes en grupos de trabajo, y cada grupo debe visitar, analizar y reflexionar sobre alguna experiencia concreta de construcción de soberanía alimentaria y agroecología. Este se presenta luego como trabajo final.

¿Qué contenidos forman parte de una cátedra de soberanía alimentaria?

En general, con matices relacionados a la diversidad del territorio, partimos de la base de que no se puede entender la problemática alimentaria —y, por lo tanto, la soberanía alimentaria— sin considerar el sistema agroalimentario en su conjunto.

Entonces incluimos contenidos referidos a producción, elaboración y distribución de los alimentos. Y hay una dimensión que trabajamos muy fuertemente y que consideramos fundamental: el consumo, relacionado con la alimentación y la nutrición. Ese último aspecto es central en nuestro trabajo, especialmente en las cátedras de universidades más masivas, que suelen estar ubicadas en ciudades grandes.

La sociedad argentina tiene un alto grado de urbanización: más del 90% de la población es urbana. De esta urbanización creciente, y de la historia de organización de trabajadores y movimientos urbanos, surge una de las ideas más fuertes que trabajamos



como colectivo: las transformaciones agrarias están profundamente ligadas a la conciencia que logre construir la sociedad urbana organizada.

El debate sobre alimentación-salud –que incluye el debate sobre ingresos, ocupación, sub-ocupación, organización familiar, dinámicas de inserción de la familia en los mercados de trabajo, la participación de la mujer, la reorganización familiar – es clave en los procesos que estamos atravesando como sociedad.

Hablabas de cómo la cuestión alimentaria está atravesada por múltiples dimensiones. Sin embargo, en la Facultad de Agronomía esta cuestión parece estar muy alejada. ¿Qué rol creés que cumple la interdisciplina para poder abordar esto?

En esto fue fundamental la colaboración de los compañeros y compañeras de la Cátedra Libre de la Facultad de Ciencias Médicas, porque incorporan la dimensión de la alimentación, la nutrición y la salud.

Actualmente, dos de las seis clases de nuestro curso están dictadas por integrantes de la cátedra de Nutrición. Y el último año, en una de esas clases, una compañera nos hizo cocinar a todos. Lo hicimos en el comedor de la facultad, y cada persona trajo su tabla, su delantal, sus elementos de cocina. Preparamos el alimento mientras debatíamos. Esta es una de las prácticas más ricas y más movilizadoras que hacemos: que todas las actividades incluyan el alimento compartido. Es decir, incluir la experiencia. Todos llevamos alimentos y compartimos qué llevamos, por qué lo llevamos, qué significa, cómo lo preparamos.

Recuperamos un espacio de encuentro alrededor del alimento, y dedicamos algunos instantes a reflexionar con respecto al alimento. Y esto nos lleva a reflexionar sobre algo fundamental: ¿Quién produce nuestros alimentos? ¿De dónde vienen? ¿Cómo se producen? Y ahí se le pone nombre a esos alimentos que utilizamos: “*Este arroz lo produce tal organización, con tales características*”, “*Esta verdura la produce María y su familia con tales prácticas*”. Y eso genera un acercamiento al sistema de producción agrícola, a lo rural, nos hace más conscientes y solidarios con las luchas y demandas de los sectores agrarios.



Las clases incluyen la participación de organizaciones rurales y urbanas, y la experiencia de los propios estudiantes. Fotos: CALISA-FAUBA

En estos tiempos está en discusión el aporte de la Universidad a las necesidades actuales de la sociedad. En ese sentido, ¿Qué crees que las Cátedras Libres de Soberanía Alimentaria aportan a los estudiantes como futuros técnicos y profesionales?

A mi parecer, los estudiantes que pasan por las Cátedras Libres de Soberanía Alimentaria en general ya tienen algún tipo de preocupación, motivación, sensibilidad. La universidad no le genera eso. La mayoría de los docentes y profesionales no están comprometidos con este enfoque. Ni en las carreras de salud, ni en las de nutrición, ni en las vinculadas a producción o tecnología agropecuaria.

La problemática que intentamos incorporar desde estas cátedras ingresa desde la marginalidad. Y pelea desde la marginalidad. Ir incorporando áreas o docentes a esta reflexión es nuestro gran avance.

Ahora, una cátedra –por más comprometida y bien pensada que sea – no puede cambiar el *chip* que viene de toda la formación previa, del enfoque dominante. Por eso siempre pensamos que teníamos que hacer entrar a la comunidad a la universidad. Que dando la pelea desde los espacios disponibles en las cátedras formales no íbamos lograr un cambio real. Por eso dedicamos mucho esfuerzo a crear una feria en el marco de la Facultad. Pensando que la participación de los actores de la feria, las organizaciones, las fundaciones, las asociaciones de todo tipo, tamaño y color con su diversidad, podían mover más estructuras que cualquier discurso académico, por bueno que sea.

En la feria hay organizaciones de productores agroecológicos y de la economía social, y para ellos es un espacio de comercialización muy valioso. Es un colectivo en el que participan cerca de 150 actores, con asambleas periódicas. Ese colectivo está atravesado



por discusiones, pero tiene vida, se sostiene, se mantiene, se recrea y es una propuesta de enorme vitalidad reconocida en toda la ciudad de Buenos Aires.

Y estamos convencidos que ese es el camino. Pero con la feria no es suficiente. Necesitamos urgentemente una presencia activa, masiva, concreta dentro de la universidad, de todos los actores que construyen Soberanía Alimentaria. Y eso no se logra con discursos, sino que pasa por la acción.

Las cátedras de Soberanía Alimentaria reconocemos nuestra marginalidad, somos un espacio de lucha dentro de la universidad. Un espacio más de lucha que tiene la obligación y el compromiso –nada fácil– de articular con los otros espacios en lucha.



Feria del Productor al Consumidor en la Facultad de Agronomía. Fotos: CALISA-FAUBA

¿Cuál consideras que es el mayor logro que han tenido en estos años?

Las cátedras funcionamos en red: desde el año 2022 creamos una coordinación nacional, con un representante de cada una de las regiones, que orienta los objetivos y las estrategias. La principal herramienta de articulación han sido los Informes Anuales de la Situación de la Soberanía Alimentaria en Argentina. Informes que venimos construyendo hace tres años, desde los territorios, desde abajo, con participación de diversos actores sociales y organizaciones.

Considero que esos Informes expresan uno de nuestros logros más importantes. Logramos un gran reconocimiento de los actores y las organizaciones sociales. Pusimos nuestro aporte para hacer más visible la Soberanía Alimentaria, acompañando los procesos y las luchas que ya se venían dando en los territorios.

El año pasado presentamos el Informe de Situación de la Soberanía Alimentaria en la Universidad Nacional de Jujuy. En la presentación estuvieron presentes autoridades de la Universidad, pero además hubo un apoyo del parlamento de San Salvador de Jujuy. Este reconocimiento institucional es otro de los logros de nuestro espacio. Entonces, hay



pequeños avances en el reconocimiento institucional. Las autoridades de la Universidad se hacen presentes en la inauguración de nuestros cursos. Presentamos un informe anual de nuestro trabajo. Las actividades que realizamos tienen el logo de la Facultad. Tenemos un espacio físico propio. Una de nuestras principales referentas, Miriam Gorban, ha recibido el Doctorado Honoris Causa de varias universidades.

Hay un reconocimiento formal de la institución. Pero eso tiene que crecer.

Tenemos que poner en el centro del debate –y de algún modo lo vamos haciendo con nuestro espacio – el rol de la Universidad Pública. De qué forma contribuye la Universidad Pública al conocimiento, comprensión y compromiso con la cuestión alimentaria; y qué debe cambiar para dar respuesta a una demanda social de tal importancia. Nos queda mucho por hacer. Y lo vamos a hacer con los movimientos sociales dentro de la universidad, o no lo vamos a lograr.



Presentación del Informe Anual de la Situación de la Soberanía Alimentaria en Argentina 2023. Foto: CALISA-FAUBA

En este momento en que hay una transición en el sistema agroalimentario mundial, en la manera de producir los alimentos en el mundo, ¿Crees que la agroecología y las formas más sustentables de producción tienen la oportunidad de brindar una solución al problema de los alimentos en el mundo?



La problemática de la alimentación es urgente; no es nueva, pero es dramática y urgente. Tenemos que construir acuerdos sobre cómo abordar la cuestión alimentaria de nuestra población. No es una opción, es una obligación. Aunque por supuesto no es fácil.

En el caso de Argentina, el debate central es la transición en el modelo productivo. Qué se necesita, cuáles son las medidas para construir una transición que desmonte un modelo agroalimentario que se ha instalado en el país en los últimos 50-60 años, tanto política como social y culturalmente. Ha habido avances institucionales en el reconocimiento y promoción de la agricultura campesina y la agroecología. Pero la problemática estructural de los recursos naturales sigue intacta, y el modelo agrario argentino sigue avanzando en concentración y extranjerización de las tierras.

Hay compañeras, compañeros en la universidad, en los movimientos sociales, en los partidos políticos que proponen “el camino es la reforma agraria”. Pero la pregunta es, ¿Cómo llegamos a esa Reforma Agraria? ¿Qué necesitamos construir para llegar a ella?

Un paso fundamental es la transición agroecológica. Y los periurbanos son un espacio central para esta lucha y estas discusiones. Porque son lugares de encuentro entre productores y consumidores, de articulación entre lo rural y lo urbano, que tienen que ir ganando en cantidad, calidad y organización.

Pensando en el futuro, hay una gran participación de juventud en estos espacios. ¿Qué te parece que aportan los jóvenes a las cátedras, y qué se llevan ellos?

La juventud nos trae voces, demandas y formas de ver la realidad distintas en muchos aspectos. Y reciben la posibilidad de participar de un espacio pluralista y democrático, algo que no es nada habitual en la universidad. En otros espacios no pueden ni siquiera hablar. Y acá hablan, proponen, cuestionan, discuten. Ese es un germen de una universidad –y de una sociedad – más participativa.

Los libros, la universidad o internet les dan algunas cosas; pero lo que se siente, lo que se vive, lo que se lucha, lo que se trabaja en la comunidad, es fundamental para la formación, para la comprensión y para la participación social. Contribuye a generar un participante, un actor cuyo rol fundamental tiene que estar en la sociedad y no en la academia.

Eso evidentemente contradice el mensaje dominante de la academia, y es uno de los puntos de conflicto que tenemos.

Pero me parece que la tarea de las cátedras es fundamental. Acercan a grupos de estudiantes de distintas disciplinas, de distintas edades, con otros actores sociales. Trabajan juntos, atraviesan juntos el proceso de conocer experiencias productivas y

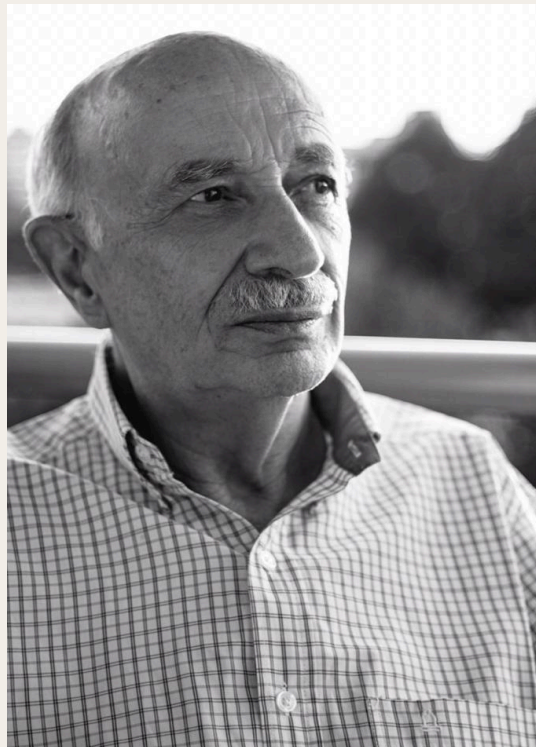


comunitarias de índole. Es una construcción colectiva que fortalece los vínculos organizativos.

¿Qué desafíos tienen a futuro?

Nosotros tenemos el compromiso de acompañar a quienes en distintos lugares, ya sea de Argentina como de toda América Latina, trabajan la cuestión de la Soberanía Alimentaria. Ese es nuestro pequeño aporte, desde la Universidad.

Pero necesitamos avanzar, de una forma más sistemática, en la participación permanente de las organizaciones y movimientos sociales en la Universidad. Para que la Universidad construya respuestas y aportes a las demandas y necesidades de la sociedad. Ese es uno de los tantos desafíos que nos quedan.



Carlos Carballo es Ingeniero Agrónomo de la UBA, creador y referente de la Cátedra Libre de Soberanía Alimentaria. Foto: CALISA-FAUBA